

# EL PRADO

Por Antonio BALLESTER FERNANDEZ

Al menos, para el autor de estas líneas, no existen datos históricos concretos. Tenemos, pues, que acudir un tanto a la imaginación y a la conjetura. Cuesta trabajo, en primer lugar, creer que aquí hubo un prado, en este secano nuestro. Pero la tradición, recogida por nuestros historiadores locales, insiste en el prado. Por otra parte, se ha hablado y escrito acerca de la aparición de la Virgen o imagen que portaba el capellán Colinos, en un árbol. Esto induce a pensar, más razonablemente, en una arboleda y más concretamente, en un encinar, más adecuado a nuestro terreno y de cuyo árbol todavía tenemos muestras, no así de prados.

Por tanto, conjeturamos, que aquí hubo un encinar: éste estaba contiguo a la vieja vía o camino de gesta, en sentido heroico, que unía Calatrava con Alarcos, iniciándose en Toledo hasta Sevilla. Las gentes que por aquella vía transitaban, pararían en verano para descansar y protegerse de los rigores caniculares bajo las encinas, al tiempo que las personas satisfacían su sed y reponían sus vasijas en el Pozo de Don Gil, mientras las caballerías abrevaban en el pilar contiguo al tal pozo. Este, como se sabe y se ha reiterado por unos y otros, estaba entre el actual «árbol gordo» de la Plaza de Cervantes y la esquina de la Avenida de los Mártires (antes calle de Alarcos): es decir, pegado a la ruta antes mencionada y cercano también al «prado».

En torno al prado, y en razón al pozo, apareció el primer poblado que llevó el nombre de Pozuelo, para unos sin más apellido que el de Don Gil, el «rico home» de Alarcos; para otros, los de Seco de Don Gil, lo que combatía don Emilio Bernabeu «con todos sus fuerzas», según nos decía, pues no puede hablarse de un «pozo seco» habida cuenta del caudal que aún subsiste a poca profundidad.

Y Don Gil, el «rico home» de Alarcos, debió de tener aquí casa importante, para explicar las vistas, durante cuarenta y cinco días, de Fernando III el Santo y su madre doña Berengüela, última que celebrarían en vida, madre e hijo. Delgado Merchán nos cuenta que contemplando una fachada de la calle Real, una vieja le dijo: «Ese es el Palacio de doña Berengüela». Por todos estos indicios, repetimos, el núcleo de nuestra actual Ciudad, se inició por el prado e incrementó, antes de

las citadas vistas, con la «aparición» de la imagen de Nuestra Señora, que llevó y lleva el nombre de «El Prado» y motivó la erección de un templo, del cual pueden ser vestigios actuales la puerta de la Basílica-Catedral, que da a la calle de los Reyes y los hallados con ocasión de su reciente restauración.

Y pasaron los años y hasta los siglos, sin que podamos seguir las vicisitudes del Prado. En el siglo 18, estaba en pésimas condiciones: «lugar asqueroso, depósito de inmundicias». Isidoro de Madrid, tuvo la idea de convertirlo en «plantío de árboles y lugar de recreo». Lo venía atendiendo a sus expensas, por lo que la Ciudad le asignó en 1792 doscientos ducados anuales para que continuara su labor (Hervás).

La arboleda era regada con agua de un pozo que existía en el solar que ahora ocupa la Casa de Cultura. La aparición de este agua en el Prado, se consideró milagrosa y dio origen a un incidente, que se resolvió de forma pacífica, sacando a la imagen de la Virgen en procesión, pero que en Madrid se interpretó como sedición, por ciertos informes remitidos por el Coronel y Oficialidad del Regimiento de Navarra, según nos relata Hervás.

En torno al Prado, linajudas familias de esta nuestra ciudad construyeron sus viviendas y por ser centro de paseo y asueto, se levantó el casino. La pandorga y la procesión de la Virgen, tenían lugar en su ámbito. Luego, el paseo se trasladó al Parque de Gasset, con la feria, con el desplazamiento de nuestra vida urbana en aquella dirección. Y la procesión de la Virgen, por el aumento de la población y concurrencia de fieles, salió del Prado para extenderse por un amplio y más dilatado itinerario.

Conocimos el Prado, como muchos de los pocos que nos lean, con una estructura parecida a la actual, en cuyo centro había un templete metálico, de hierro, para la Banda Municipal, que fue sustituido por la Cruz de los Caídos. Se pusieron luces fluorescentes y últimamente (años 60-61), fue suprimida la barandilla que coronaba una cerca de ladrillo, mejorando los accesos, la jardinería, el alumbrado y el arbolado. Lugar, más bien para recreo de niños y jóvenes, asueto de ancianos y tránsito para los devotos que van a ofrecer sus plegarias a Nuestra Señora, la Virgen del Prado.